

DESCUBRIR A LOS PRIMEROS DESCUBRIDORES: LAS SAGAS ISLANDESAS

Conferencista: Juan Diego Serrano

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relator: Juan Camilo Brigard

“Para la historia universal, las guerras [los viajes] y los libros escandinavos son como si no hubieran sido” escribió Jorge Luis Borges en un texto sobre las antiguas literaturas germánicas. El martes 14 de julio, Juan Diego Serrano, traductor de islandés, profesor de literatura medieval en la Universidad de los Andes y mitología y religiones paganas escandinavas de la Universidad del Rosario, fue el invitado de Lecturas Compartidas para dar una charla sobre “Las sagas islandesas”. Su conferencia hizo comprensible la desconcertante afirmación de Borges.

Lo primero que introdujo fue a los protagonistas de las sagas: los vikingos. Para un lector no muy informado, si no son unos personajes del todo familiares, tampoco son completamente desconocidos, ya que están latentes en la cultura popular de diversas formas: los encontramos en la música desde las óperas de Richard Wagner a grupos de metal, comics, video juegos, series de televisión, películas, etc. Pensamos en personajes rubios, altos, musculosos y con un casco de metal con dos cuernos –esta última idea, como aclaró Serrano, no es originalmente vikinga, sino un invento



decimonónico del coreógrafo de Wagner. Desde una lectura histórica y literaria, el académico mostró el origen de este personaje arquetípico.

Dos textos paradigmáticos de la literatura islandesa medieval fueron centrales para caracterizar a los vikingos, la *Saga de los groenlandeses* y la *Saga de Erik el Rojo*, anónimos escritos en el siglo XIII. Por medio de ellos, además mostró una de sus más grandes hazañas, el históricamente desconocido primer descubrimiento de América alrededor del año 1000. Por definición la palabra vikingo –que etimológicamente está compuesta por la palabra “vik”, que quiere decir “bahía”, y “ingur”, “hombre”– significa “los hombres de las bahías”. Ya que estos hombres de las bahías o vikingos se lanzaban al mar con el fin de descubrir nuevos lugares en donde encontrar aventuras para afamarse, y así ascender socialmente por medio de una hazaña bélica y la posesión de nuevas tierras en donde asentarse. Se hablaba del *fahreviking*, “el andar del vikingo” o un sinónimo de robar, uno de los hábitos tradicionales del vikingo, robar estaba bien mientras que no se robara a la familia. En pocas palabras eran una mezcla de comerciantes, conquistadores, piratas, y aventureros.

Serrano mostró de qué manera los viajes vikingos fueron más allá de los países escandinavos –Noruega, Suecia, Dinamarca, Islandia y Groenlandia– y de América para visitar fugazmente la cultura occidental. Sus asedios marítimos traspasaron las fronteras Inglaterra, Francia, España, Grecia, Turquía, en donde dejaron huellas – como un grafiti en Estambul que dice: “aquí estuvo Rolf”. Viajes de un alcance que no hubieran sido posibles sin sus barcos, impulsados por velas y remos, con una quilla perfeccionada, y un casco de tablas traslapadas. En éstos cabían entre 25 y 30 personas, con su ganado y recursos. El uso de estas herramientas y su perspicacia como pilotos les abrieron las fronteras, ya que navegaban por medio de sus dotes de observación y conocimientos geográficos, la lectura del vuelo de las aves, y el uso de la astronomía, la estrella polar y el sol. Los vikingos no sólo navegaban los mares, también los ríos –la ingeniosa quilla corta de sus barcos se los permitía. Así fue que llegaron a Rusia, la cual bautizaron con un nombre vikingo, Roslagen, “Ros” (“corcel”) lag (“distrito”), el distrito de los caballos. Otro topónimo vikingo que hemos olvidado es el de la ciudad de “York”, que se derivó de una invasión escandinava a mediados del siglo VII y fue bautizada “Jorvik”.

Otro punto central que señaló Serrano fue el peculiar estilo de las sagas que, como Borges escribió, “descubren la novela”. Esto es evidente por sus historias sencillas y verosímiles, sobre héroes de carne y hueso, que se enfrentan a enemigos de su misma naturaleza –y en las que sorpresivamente, para su contemporaneidad medieval europea, las mujeres también podían ser protagonistas. Así como por su lenguaje, conciso y directo, en la misma línea de un realismo. La palabra “saga”, que proviene del verbo “decir” o “contar” y que como sustantivo se convierte en “una



historia que se cuenta”, connota como nuestros sustantivos castellanos “cuento” o “historia”, una narración tanto “real” como “ficticia”. El valor “real” se ha revelado en la manera como estas historias han llevado a los arqueólogos a encontrar ruinas que son consistentes con las expediciones y los asentamientos relatados en las sagas. Así como por contraste el lenguaje factual y sobrio pone de relieve elementos “ficticios” o sobrenaturales: muertos que reviven y predicen el futuro, ahogados que visitan sus propios funerales y participan en ellos, espadas y lanzas que combaten sin ser esgrimidas por ningún guerrero, entre otros eventos sorprendentes. Estas historias se construyeron a partir de una tradición oral que se alimentaba de los viajes durante los veranos y que se pulían y adornaban a lo largo de las largas noches que los inviernos de los países nórdicos propician. Se refieren al siglo X, pero no se fijan en textos sino a finales del siglo XII y principios del XIII.

Tanto la *Saga de los groenlandeses* como la de *Eirik el Rojo* narran lo mismo. Ambas historias relatan el vínculo genealógico entre los diferentes viajes de familiares y amigos a Groenlandia y América a lo largo del siglo X. Eirik el Rojo es uno de sus personajes centrales –su nombre viene del color de su barba y pelo–, a quien destierran tanto de Noruega como de Islandia por las riñas mortales con sus vecinos –las diferentes versiones cuentan que fue por tomar una oveja de un vecino o tala de un bosque ajeno. La ley planteaba que si no se acordaba nada entre las partes, las personas involucradas debían exiliarse por tres años –todo esto se definía en el *Althing*, una Asamblea General que ejercía un poder legislativo y judicial que ha llevado a llamarlo el primer Parlamento del mundo. Si se quedaban perdían sus derechos ante el país y podían ser asesinados impunemente por alguno de sus enemigos. A raíz de este evento, Eirik es considerado uno de los descubridores y quizá el primer colonizador de la que llamó Tierra Verde o “Groenlandia”, como evidencia la *Saga de los groenlandeses*: “porque decía que la gente se sentiría mucho más tentada de ir allí si el lugar tenía un nombre atractivo” –una estrategia propagandística que contrasta con sus tierras revestidas de nieve y que reencarnó en el siglo pasado con las falsificaciones de emigrantes escandinavos que falsificaron las ruinas de sus supuestos antepasados a lo largo de toda América.

A este viaje le sigue el de Leif Eiriksson, el hijo de Eirik, quien tras acompañar a su padre en sus viajes, compra su barco para visitar tierras que había visto en su niñez y que ahora visita y bautiza: Helluland o El país de las piedras, Markland o El país de los bosques, y Vínland o El país del vino; cada nombre haciendo referencia a los recursos naturales que se encontraban en cada tierra. Los países se identifican hoy en día con la costa atlántica norte de Norte América. Tal vez una de las historias más cómicas de las sagas es la que le da el nombre a Vínland, en la que Tyrkir, un tripulante alemán de la flota de Leif, que una vez asentados se pierde en las nuevas



tierras. Después de buscarlo, lo encuentran de “excelente humor” y hablando “en alemán, haciendo muecas y girando los ojos en todas las direcciones”, para darles la buena noticia de que había encontrado vides y uvas. Las otras historias narran el regreso a Vínland de Thorvald Eiriksson, el hermano de Leif, que se encuentra con los indígenas o *skraelingar* con quienes entran en conflicto y quienes lo matan de un flechazo. Así como el intento fallido de Thorstein Eiriksson de llegar a Vínlandia y morir, así como otros intentos como el de Karlsefni y su mujer Gudrid, la viuda de Thorstein para intentarse asentar en Vínland. Y por último, la expedición de una de las hijas de Eirk, Freydis, que se embarca con dos tripulaciones más, las de los hermanos, Helgi y Finnbogi. A quienes hace matar con sus respectivas tripulaciones para regresar a los países del norte de Europa y darle fin a la conquista nórdica de América.

Al oír la narración de estas historias, de los múltiples descubrimientos que serían tan significativos en el mundo occidental siglos más tarde –América, la novela, la navegación, y el Parlamento– cabe preguntarnos: ¿por qué el destino de los conocimientos de esta cultura “todo queda incomunicado y sin rastro, como si acontecieran en un sueño o en esas bolas de cristal que miran los videntes”? (Borges). ¿Por qué esos descubrimientos fueron “tan secreto[s] y tan estéril[es], para el resto del mundo” (Borges)? ¿Lo son todavía?

